

## IN MEMORIAM Julio Fernández Nieva

Hay muchas, infinitas maneras, de comenzar un recuerdo a un amigo y compañero ahora que ya no está con nosotros. Puedo empezar de manera convencional, fecha y lugar de nacimiento para tejer su vida y trayectoria. Sin embargo, en este caso, no será así. Empezaré hablando de la muerte de un ser humano, desaparición que siempre deja en su entorno una gran orfandad. Hombre de vida nada fácil, de sombras que no le desalentaron, tanteando circunstancias que supo llevar con dignidad, apoyado en el cariño de sus dos hijos, Sonsoles y Julio, que le proporcionaron, sin duda, sus mejores momentos.

Le conocí recién llegada a Extremadura, cuando comencé mi trabajo en la antigua Escuela de Magisterio, ambiente reducido de profesores donde todos éramos una pequeña familia de amigos, y donde la entrañable y divertida convivencia nos permitía cada día disfrutar del bienestar profesional y personal. En lo profesional formábamos parte de aquel primer Seminario de Ciencias Sociales, convertido con el tiempo en Departamento de Didáctica de Ciencias Sociales, donde ambos teníamos en común nuestro origen: Castilla. Ávila, su lugar de su nacimiento, permaneció siempre en su recuerdo de Julio, y el nombre de su hija, Sonsoles, perpetúa su memoria castellana.

Sin embargo fue Extremadura el espacio donde pasó gran parte de su vida, y donde conoció y quiso bien a sus hombres y mujeres, por haber vivido en la Morera, primero, y luego en Badajoz, lo que nunca le impidió permanecer enamorado de Castilla.

Hay un tiempo robado y otro perdido, pero la capacidad de tomarse su tiempo, disfrutarlo y llevarlo a ritmo lento era para él un auténtico bálsamo, como decía Proust, en su larga trayectoria profesional y humana, interrumpida bruscamente, ante una repentina enfermedad que aunque logró superar, le condujo lentamente al retiro y a una jubilación precipitada antes de lo que hubiera sido su deseo. Vida discreta que nos sorprende con su desaparición silenciosa, tranquila, sin apenas ruido, acompañado de su familia.

La Historia fue su profesión, y le recuerdo en aquella vieja escuela, tan querida, lanzando su *continuo estribillo*, gota de agua sonora, que incitaba a la investigación como su principal deseo para nosotros, sus compañeros, cuando éramos más jóvenes y la Escuela de Magisterio se transformaba lentamente. Momentos de nostalgia.

No me resta sino el agradecimiento de quienes descubrimos en él una buena persona. Profesor, Historiador de Extremadura, Director de Departamento, Miembro del Consejo de Redacción de la *Revista Campo Abierto* desde sus inicios (1.982- 1991), hombre que nunca se despojó de su identidad recorriendo un camino de cambios personales, de intereses diversos, suma de secuencias de dos regiones españolas que llevaba en su corazón: Castilla y Extremadura.

Su silencio duele y despierta en mí sentimientos sinceros y mi recuerdo cariñoso para su familia.

Descanse en paz.

M. Pilar Rodríguez Flores

